

R VIENTO DEL SUR

ANTONIO RAMOS ESPEJO

ENTRE usted, hombre, no se va a quedar ahí fuera... Nuestra casa es la suya... ¿Una copita? Arrímese a la candelá. La lluvia la estábamos esperando, sí señor. Y luego, ¿para qué? Si las criaturas están *desesperás*. Como que no les pagan a *ná* el trigo, ni la aceituna... ¿Y qué van a hacer? Pues irse. Yo tenía una tierrecilla. Bien visto, *ná*. Y en el momento que ellos pudieron volar, volaron. Y me dejaron solo. Todos mis hijos se fueron a Francia. Y mi primera mujer, porque ésta que ve usted aquí es la segunda, ya se había muerto. Y yo, viudo y solo, tuve que buscarme calor... ¿Le gusta el anís este *comprao* de botella, o el aguardiente este que la mujer le ha *echao* un poquito de azúcar para que esté más suave? Yo no he hecho más que tomar café de ese pucherillo que tiene usted delante... Así es que cuando yo me vi solo, pues yo no tuve más remedio que ir a decirle a un pariente de Ronda:

-Una mujer, ¡por Dios!, una mujer...

Y ya me proporcionaron esta mujer que es joya de mujer. Ellos tenían que buscar su vida. El mayor sigue en Francia. Los otros dos se vinieron, uno a Júcar y otro a Ronda. El de aquí se vino de Francia, con el dinero que traía se hizo una casa y se quedó *barrio*; otra vez se tuvo que ir a Francia y otra vez se tuvo que venir a Júcar porque está *operao* por dos veces y ya allí de esa manera no los quieren. Mi hijo mayor lleva en el extranjero más de doce años. Eso, doce años... El tiempo que llevo casado con esta mujer, que es de Ronda. Yo tengo ya setenta y siete. Setenta y siete, sí señor. Y no he parado de trabajar. Hombre, la vida, *na* más que con un pedacito de tierra, que ya se la di a mi hijo... *Ná*. Eso no es *na*. Así es que vivimos con las cuatro mil pesetas que me dan por viejo y tres mil que mi hijo me pasa por la tierra... ¡Qué al mes! Tres mil pesetas al año. Si el pobre, no se puede ir por ahí porque está *rajao* por dos veces. Y a mí me falta también un riñón... Yo estuve muy mal. Sí, señor, muy mal. El riñón me falta por asunto de trabajo, no se crea usted. Nos pusieron a cortar trochas. Era demasiado... las trochas barranco abajo y estaría de Dios, yo qué sé, que me pilló una. Me quedé desplomado. Yo no hacía más que orinar sangre y

aquí, lo que pasa, que ni médicos, ni *ná*. Hasta que mi hijo, el que está en Francia, que le debo la vida..., bueno, primero a Dios, y después a él, me llevó al sanatorio de Ronda y luego en Málaga me operaron.

Beba, beba otra copita, hombre. ¿Le pongo ahora del más suave? Yo bebo poco; nada, como el otro que dice... Un poquito en la manzanilla. Si tenemos la botella porque nos la regaló mi hijo el de Ronda. Si nuestros medios, ya los ve usted... Más que las cuatro mil... Y mi mujer con las piernas, que no puede ni *coscarse*. La vida está que no se puede. Como que anoche decía en el velatorio una hija de la difunta:

-Pues yo en Málaga compro el litro de aceite a ciento cincuenta pesetas.

Y yo le pregunto a usted: ¿puede ser eso verdad? La vida como está tan soberbia... ¿es posible? ¿Dónde vamos a parar? Porque el que tenga buena paga, bien..., pero, que la paga se la lleva el mundo este como se ha puesto. Mire usted, yo no tengo derecho a médico, yo no tengo derecho a medicinas... Las cuatro mil pesetas que me dan... ¿Usted se cree? Pues bueno, mi otra mujer, la que se murió, que era de campo, una mujer fuerte, de trabajo, preguntó dónde se arreglan los papeles para la paga:

-¿Qué derecho tiene mi marido?

Y le contestaron:

-Su marido no tiene ningún derecho.

Y ella, como era así, muy de campo, muy sana, y viendo tantas injusticias, le dijo al hombre de la oficina pegando un portazo.

-Pues trabajaremos hasta morir.

Ella se había criado con su padre, en el campo, con las vacas, y cuatro cochinitos, cabrillas, y esas cosas, sin pagas y sin miedo al trabajo. Luego ella, la pobre, se me puso muy mala, hasta que me quedé sin ella. Trabajó hasta morir. Y esa suerte es la mía.

-Niña, cierra la puerta que entra frío.

Arrímese usted a la candelita. ¡Qué viento!

-Niña, cierra el ventanillo...

En Júcar parece que ha entrado el *terrá*. Sí, el viento ese del África. Ese viento tan malo. El *terrá*... Eso parece que ha entrado en Júcar. Con el *terrá* este tan malo la gente se ha ido. ¡Qué remedio, las criaturas! Nos echan el *terrá* este tan malo y tenemos que aguantar o aventarnos. Si

señor, el *terrá*... Si yo servi en la guerra de Marruecos, en Larache, en Alcazarquivir..., con Alfonso XIII, el abuelo del Rey este que tenemos ahora. Y tengo dos heridas de guerra, una aquí y otra en semejante sitio, además de un gumiazto, que me dio un moro. Un tiro aquí y otro en semejante sitio. Y luego me dieron una medalla, por la guerra de Franco. La medalla de oro de Cisneros. Sí, señor, la medalla de oro de Cisneros...

-Niña, enciende la luz que este hombre pueda leer el título...

Sí, señor, la medalla de oro de Cisneros. Ya lee usted, ¿no? -A don Claudio Fernández y Fernández...

Pero, Franco no me pagó *na*. Me nos medallas y haberle dejado a este hombre siquiera... Es lo que me dice mucha gente y lo que digo yo. Porque cuando el follín bien que se acordaban de nosotros. Pero, ca... Yo, ya le digo, con Alfonso XIII, con Franco, con el Rey este que tenemos ahora, que era nieto del otro... Y cuatro mil pesetas. Sí, señor, como le digo, cuatro mil pesetas. Sí señor...

-Niña, dale al mosquero...

Estas moscas están atolondrás. Me echaré una chispita de anís. Yo no puedo abusar. Con un riñón... No puedo beber, ni que me dé el frío... Pero lo peor es el *terrá* este que nos ha echado por aquí. El *terrá* ese malo... Eso, filigranas es lo que tenemos que hacer. Porque con las cuatro mil pesetas que me dan tenemos que pagar mil novecientos setenta y cinco del sello de la mutualidad de mi mujer, para que a ella no le pase lo que a mí. Nos las tenemos que arreglar. La economía es muy grande. No se va al cine... Porque no lo hay y si lo hubiera sería peor, porque no podríamos ir. Antes, se cogían cuatro castañas y hasta le ayudaban a mi hijo, al que tiene la tierrecilla y me da tres mil pesetas. Pero, ¿usted se cree que yo me puedo tirar al suelo para coger una pulmonía? Pues, no. Pues, no quiero. Pues, no me da la gana. Mi mujer tiene los pies y las manos *acorchaos*. Cuando se moja en agua fría ya no puede ni andar. Y la aceituna, como la castaña, en este tiempo malo, es agacharse. Se coge un frío que entra un dolor... Y luego, si enfermamos, como no tenemos ni médico, ni medicinas, ni *ná*... De las cuatro mil pesetas, sí, señor, de las cuatro mil pesetas sale todo.

VIENTO DEL SUR

-Quita las trébedes de ahí, niña, que le estorban...

¿No le estorban? Pues las dejamos ahí. La candela acompaña, ¿verdad usted? es lo que yo digo. Calienta y acompaña. La mujer dice que forma mucho humo y ensucia. Pero, si no tenemos la lumbre, usted me dirá... Trabajando para eso, sí señor. Desde que me parió mi madre he trabajado. Yo he estado hasta en Medina Sidonia. Trabajando para esto, sí señor. Desde chicos nos sacaban nuestros padres para llevarnos al Arahal, por la parte de Sevilla. De aquí salían bancos enteros. ¿Sabe lo que es un banco o una banquería? Una banquería aquí es una casa de familia... ¿De cuál le echo ahora, del que tiene una poquita azúcar? Está más suave. Yo, un buchito nada más, porque no puedo.

-Niña, saca unas galletitas, que le van bien al anís.

Como le decía, de chiquitos nos echaban fuera. Al Arahal íbamos treinta banquerías de Júzcar. Salíamos del pueblo a Ronda. Por Arriate, llegábamos a Alcalá para hacer noche. Íbamos andando con una burrilla para transportar las cuatro ropillas. Pagaba mi padre la fonda por la

mañana y salíamos hacia Pruna, Morón, hasta El Arahal. Nos tirábamos allí dos meses de aceituna. Luego, nos veníamos otra vez al pueblo y nos íbamos por ahí a cavar viñas o a lo que fuera por diez reales o tres pesetas. Comíamos unas malas sopas, con una chispa de aceite que le echaban y si había una naranja, y pare usted de contar. Y también nos largábamos a la siega hasta Medina Sidonia, Arcos de la Frontera, Paterna, Jerez... Por cierto, que hoy ha escuchado mi mujer que han cometido un robo sacrilego en una iglesia de Jerez. ¡Vaya por Dios! En fin, trabajando desde chiquitos, sí señor... La primera vez que yo salí al Arahal me llevaban en los capachos de la burra. Aquella era... ¡Qué cosa más mala! Aquello era el terrá. Nosotros siempre condenados al terrá. Con este terrá de ahora, las criaturas también se van. Aunque ya de otra manera. Pero, claro, pa como está el mundo, viene a ser igual. Nosotros íbamos andando y ahora los llevan en trenes o en autobuses. *Pal caso es igual. El terrá...*

-¿Niña, ¿qué hora es?

¿La una y media? Ya no voy al entierro... No importa, si con el tiempillo que hace... Beba, hombre,

beba. Está usted en su casa. ¿Le gusta *atizonear*? Ya veo que se distrae con la lumbre. Da compañía la candela, sí señor. Casi lo que nos queda... ¿le gusta la cántara? Pues para trajinar con ella... No tenemos agua dentro. La tenemos que coger de la fuente. Antes íbamos a la fuente con la burrilla que teníamos, pero el animal, con veintisiete años que ya tenía, se me despeñó dos veces, y ahora vamos a la fuente con una carretilla. Estos pueblos son una lástima... Usted verá esa sierra grande, ¿no? Pues allí, en aquellos riscales, sembrábamos nosotros. En lo alto de los riscales. Donde encontrábamos un pedacito de tierra, así, como le estoy señalando, en una tierra que se podía medir con mis manos, nosotros sembrábamos trigo. Y en cachos más chiquitos todavía. ¡Ya era querer la tierra, sí señor! ¡Ya era querer la tierra...! Ahora, si no nos pagan la aceituna, ni el trigo... Pues las criaturas se han tenido que aventar a Francia. Mala desgracia es la nuestra. De Júzcar han perdido la vida por esos pueblos de Francia. A uno lo pilló una maquinaria y lo hizo una tortilla; a otro le pilló la pierna por semejante sitio; a otro, donde está mi hijo... Las criaturas se han ido y encima han pasado lo suyo. No se crea usted que morirse por ahí también tiene...

Una desgracia muy grande la nuestra. Sufren los que se van y sufrimos los que nos quedamos. Usted se cree que yo... Estamos solos, muy solos. Ya se lo dije un día a mi hijo, el que está en Francia:

-¡Qué lástima, hijo, que se me va a pasar la vida...!

-Usted no se apure padre, cuando yo coja la retreta me vengo.

Pero le quedan casi diez años para la retreta, que le dicen los de este pueblo que están afuera, a la jubilación, y yo tengo ya setenta y siete años. Setenta y siete, sí, señor. Cuando yo le digo estas cosas, la criatura me dice:

-Padre, ¿usted quiere de verdad que yo me venga a Júzcar?

¿Y cómo voy a querer yo que se venga? Si la criatura tiene allí su vida. Si su hermano está en Júzcar porque está *rajao* por dos veces y así *rajao* no los quieren en Francia...

-Echa una poquita candela, niña.

Sí, la leña es lo único que tenemos. El pueblo se queda solo y no tenemos más que candela para calentarnos. Porque el calor de los hijos... Y porque estamos en la sierra, porque en otros pueblos, ni leña ¿verdad usted? En muchos, ni leña. En Júzcar nos ha cogido de lleno el terrá. El terrá, sí señor, el terrá. ■ A. R. E.

«Y yo, viudo y solo, tuve que buscarme calor.»

